

EL BARCO



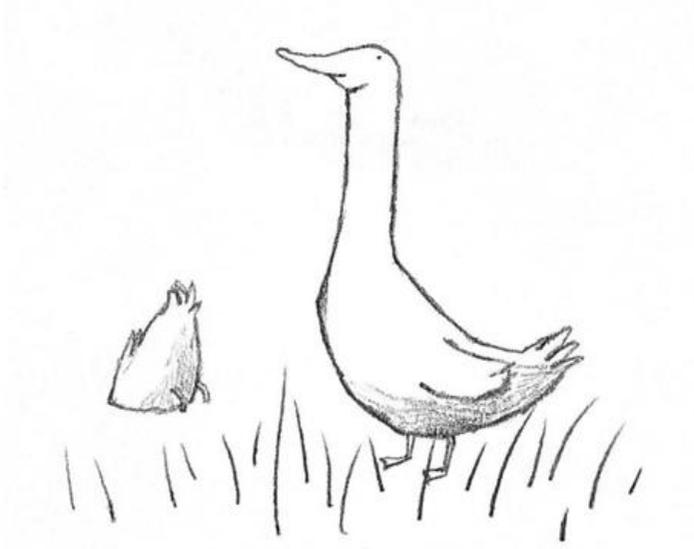
DE VAPOR

Mariasun Landa

Los secretos de Iholdi



Abuela, tu Iholdi



HOY, A LAS CINCO DE LA TARDE.

Abuela, tengo un gran secreto y no sé a quién contárselo.

Me dicen que estás en el cielo, y yo, a veces, me quedo mirando hacia las nubes, sobre todo cuando veo pasar los aviones. Entonces, me imagino que Dios te ha encargado el trabajo de dirigir el tráfico allí arriba, como hacen los guardias de la circulación en la calle, porque antes tampoco podías estar sin hacer nada, y seguro que ahora también en el cielo trabajas y nos observas. A mí también me miras, a ver si me porto bien, como cuando estabas entre nosotros. Seguro que, de vez en cuando, fijas la vista en los geranios que tanto te gustaban para ver si los riego, o controlas si Jeróni-

mo, nuestro jilguero, tiene o no su alpiste, o compruebas si yo hago los deberes, porque desde ese sitio donde estás tienes el poder de verlo todo.

Por eso, me imagino que ya sabrás de qué te voy a hablar, pero yo prefiero contártelo todo personalmente, para que me des algún consejo, porque aunque lo puedas ver todo desde el cielo, igual no distingues muy bien desde tanta altura, igual te parecemos hormigas y se te hace difícil reconocer me entre todos los niños de la Tierra. Y todavía te resultará más difícil ver la preocupación que tengo aquí dentro, en mi pecho, sobre todo por ese montón de aviones que cruzan el cielo, la verdad es que es una gran responsabilidad encargarse de que no choquen los unos con los otros.

Pues, abuela, ayer, a la vuelta del cole, Martín me preguntó si quería ver una cosa, algo que yo antes nunca había visto.

Y yo, que a ver de qué se trataba.

Y él, que no era cosa de decirlo sino de verlo.

Y me miró con una sonrisa así como rara, con ese aire de sabihondo que tiene a veces y aquello me dio un poco de rabia, qué se cree ese, y le dije que por supuesto que sí.

Y me llevó al parque, al mismo parque al que yo solía ir contigo cuando era pequeña. Seguro que te acuerdas de que allí hay un estanque grande, con patos, cisnes y un sauce llorón en la orilla, ¿verdad? Cuando aprendí a hacer pajaritas de papel, solía ir a ese estanque a echarlas al agua y, entonces, tú me decías que no había que hacer eso, que aquellas pajaritas de papel molestaban a los patitos que buceaban buscando tesoros bajo el agua. Y aquello me solía extrañar mucho, hasta que tú me contaste la historia del patito que encontró un anillo de oro bajo el agua... ¿te acuerdas? Pues cerca de ese estanque hay también un palomar, tiene el aspecto de un molino de madera, está allí para que las palo-

mas tengan un sitio donde refugiarse, pero yo no he visto jamás que ninguna paloma se meta allí adentro, siempre andan atareadas comiendo las migajas de pan que les ofrecen los niños y cosas así.



Pues, abuela, como te iba diciendo, ayer a la tarde entré con Martín en aquel palomar, y al principio no veíamos nada, porque esa caseta de madera tiene solo unas ventanitas muy estrechas en la parte de arriba, y seguro que ahora también te preguntas cómo lo hicimos, cómo abrimos la puerta de ese palomar si nadie entra allí dentro, ni siquiera las palomas... Bueno, pues Martín sacó del bolsillo una especie de gancho como un alambre torcido y, cric-cric-cric, manipuló la cerradura como hacen los ladrones en las películas de la tele, hasta que esta se abrió. Yo no me lo podía creer.

Ya recordarás cómo es mi primo Martín, antes también te daba mucho trabajo cuando venía a casa, bueno pues ahora sigue igual o peor, siempre está planeando aventuras, siempre pensando en jugarretas, porque le gusta meter las narices en todo, fisgonear, *salsear*... no se está quieto nunca, y a veces es divertido jugar con él, pero otras veces se pone muy chulo y es un pesado. Pero como somos primos y estamos en la misma clase, andamos muchas veces juntos, sobre todo por la tarde, al salir del cole, ya que suele venir a hacer los deberes a mi casa. La Señora dice de él que tiene buen corazón, pero que es más vago que la suela de un zapato, y me dice a mí que le tengo que ayudar. Y yo, a veces, lo quiero mucho, y otras no. Ahora, por ejemplo, no lo quiero nada y te voy a explicar por qué.

Como te iba diciendo, lo de abrir la puerta del palomar no fue nada comparado con lo que pasó después. Martín sacó una linterna de su mochila y yo le pregunté para qué era. Él no me respondió nada y yo me empecé a poner nerviosa, no sabía muy bien por qué, y tenía la sensación de estar haciendo algo malo, como cuando te decía a ti alguna mentira. Martín me ordenó que cerrase los ojos y me pusiera mirando hacia la pared, y mientras tanto, me pareció que rebuscaba algo por el suelo. Y yo estaba cada vez más inquieta, porque estar en aquel lugar tan oscuro, destartalado y húmedo me hacía sentirme en un calabozo, y además, no me fiaba de

Martín, que siempre está pensando en hacer alguna de las tuyas...

De repente, va y me manda que me dé la vuelta y abra los ojos.

–¡Alto! ¡Quieta ahí!

Entonces, abuela, vi que Martín me apuntaba con una pistola, o mejor dicho, al principio solo sentí que me deslumbraba la luz de la linterna y luego pude darme cuenta de que Martín sostenía aquella pistola en la mano. Y luego, me gritó: «¡pum! ¡pum! ¡pum!». Y después empezó a reírse: «¡ja! ¡ja! ¡ja!...». Y lo peor es que era una pistola de las de verdad, que no era de juguete, que me di cuenta de ello enseguida. Al poco rato, me ofreció cogerla, y yo, al principio, que no, que quería largarme de allí, pero al final, por curiosidad o por lo que sea, yo también sostuve la pistola entre mis manos y pesaba bastante y era negra, muy negra, y sentí miedo.

–¿Qué te parece? ¿No es genial?

Me contó que había entrado allí la víspera y que había encontrado aquello escondido entre otras cosas, que en adelante podríamos jugar a policías y ladrones, que le sostuviera la linterna, que quería mirar más detenidamente el palomar por si encontraba más armas. Y yo, al principio, que ni hablar, que ya sabía que jugar con armas de verdad era muy peligroso, que se habían muerto muchos niños así... Y él, nada, que no fuera cobarde, que no fuera gallina como suelen serlo todas las chicas.

Le pregunté a ver si tenía balas, disimulando mi miedo.

–¡Claro! –me respondió él, todo orgulloso.

¡Ay, abuela, yo no sabía qué hacer! Por una parte, no quería aparecer ante sus ojos como una cagueta, pero, por otra

parte, me temblaban las piernas de miedo...

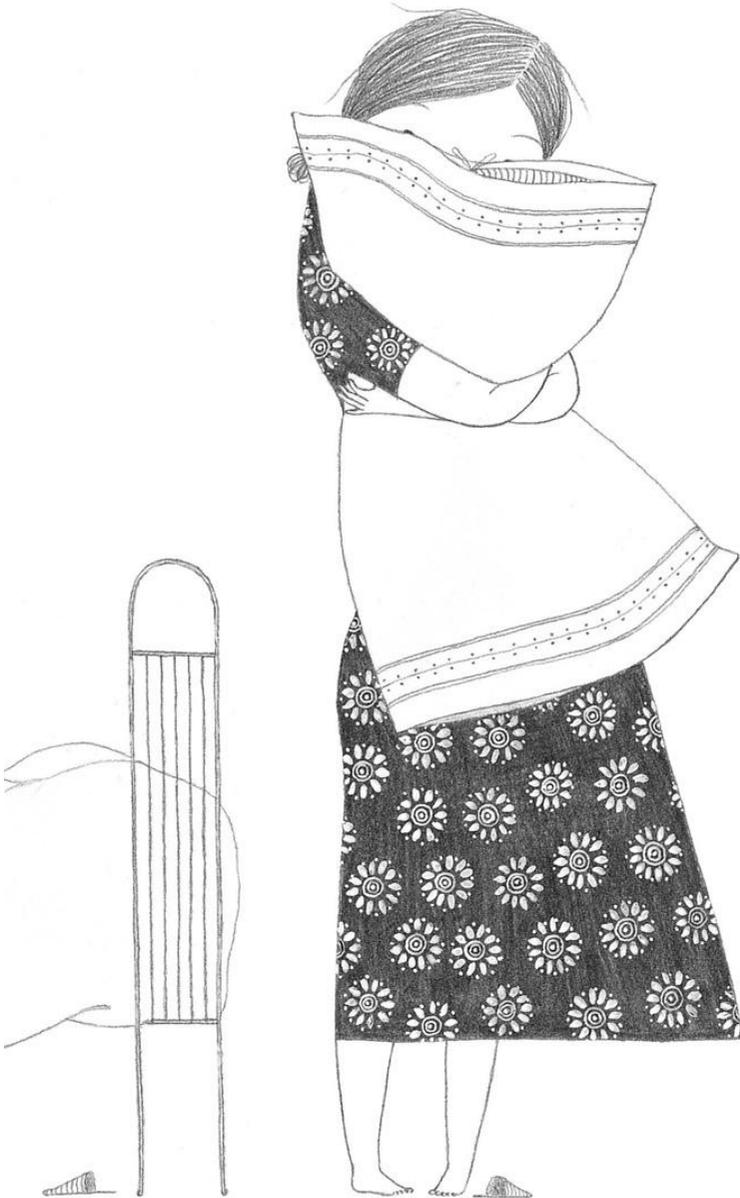
–¡Deja esa pistola o se lo digo a la Señorita!

Eso es lo que le dije. Pero, entonces, Martín sonrió. Sonrió de esa forma tan especial que conozco tan bien... Una sonrisa que es una amenaza. Me callé y bajé los ojos. ¡Me sentía terriblemente chafada! Aquella sonrisa me atemorizó más que la misma pistola, porque me hacía recordar que estaba en sus manos, que me tenía dominada...

Y ahora, abuela, seguramente te estarás preguntando por qué me tenía que amenazar Martín, y cómo y por qué me hacía callar y me tenía dominada.

Y para eso, tengo que hacerte recordar lo que pasó hace un par de meses, ¿te acuerdas? Me refiero al día de la boda del tío Antonio y la tía Merche. Cómo fuimos a Bilbao toda la familia y pasamos un día alucinante, yo, al menos, abuela, me lo pasé genial, hasta que llegó la hora de acostarse. Como no había suficientes habitaciones para todos en el hotel, resulta que nos tocó dormir en el mismo cuarto a varios primos juntos: Iñaki, Maribel, Eli, Pedro Mari y... Martín.

Al principio muy bien, porque nos reímos mucho y montamos una guerra de almohadas de aúpa, casi nos morimos de risa, pero por la mañana...



-¡Iholdi se ha meado en la cama!

Sí, abuela, aquella noche me pasó otra vez. Me hice pis en la cama. Sin querer. No es que yo lo haga queriendo, pero a veces me pasa eso: que me despierto y encuentro las sábanas mojadas. ¡Qué vergüenza!

Además, aquel día, todos se dieron cuenta y yo creí que me moría. Maribel fue la que pegó el grito de alarma porque dormíamos en la misma cama y todos se burlaron de mí, se rieron y me tomaron el pelo todo lo que quisieron. Los demás no me importaron mucho, pero... ¡Martín va al mismo cole que yo! Eso era mucho peor, muchísimo peor, porque podía chivarse a todos los de clase, decirles que su prima aún se meaba en la cama.

Yo le pedí a Martín que no lo contara a nadie, pero... ¡ya!... ¡ya! Desde entonces, él me hace chantaje, a la mínima me amenaza con chivarse a todo el mundo, y aunque no creo que sea capaz de hacerlo, tampoco me fío mucho. Por eso, cuando quiere conseguir algo de mí, solo tiene que sonreír un poco y decirme por lo bajini: «¡meona!». Y eso es suficiente para obligarme a hacer lo que él quiera, para tenerme dominada. ¡Qué rabia me da! Pero me muero de vergüenza solo de pensar que los de clase puedan enterarse.

Y yo no quiero que lo sepan, abuela. De ninguna forma. Además, ahora ya casi nunca me pasa, solo en algunos días especiales, pero Martín sigue recordándomelo a la mínima ocasión:

—¡Pues les diré a todos que eres una meona!

Ayer también me lo dijo, a su manera... Aquella sonrisita era su forma de recordarme que a veces, por la noche, me hago pis en la cama, que no se me olvide.

Y por eso cerré el pico.

Y por eso cedí y me dispuse a jugar con aquella pistola.

–¡Arriba los brazos! ¡Esto es un atraco!

Así cuatro o cinco veces. Luego, ya no sabía qué más hacer con aquella arma. Unas veces hacía de ladrón, otras de policía, otras de terrorista o de secuestrador... pero siempre con la pistola en la mano. Y yo, mientras tanto, muda y muerta de miedo. Todo porque soy una meona.

Luego, le ayudé a rebuscar en el suelo y entre los trastos del palomar por si había más armas, pero no encontramos nada. Y él me ha dicho que todos los días iremos a jugar con la pistola, que será un secreto entre los dos, el secreto más secreto de todos los secretos, que no se lo tenía que decir a nadie, que si no...

Y yo, abuela, no quiero jugar a eso porque me da mucho miedo, porque sé que es peligroso. Pero, por otra parte, no quiero que nadie sepa que me hago pis en la cama, porque lo hago sin querer, muy de vez en cuando y sin darme cuenta.

* * *

AL DÍA SIGUIENTE.

LAS DIEZ DE LA NOCHE.

¡Gracias, abuela!

Hoy he hecho lo que me propusiste y todo ha ido bien.

He ido al parque antes de ir al colegio, he abierto con un gancho la puerta del palomar, he cogido la pistola del lugar en que la dejamos Martín y yo ayer y la he metido en mi mo-

chila. Después, he cerrado de nuevo la puerta del palomar, como si no hubiera pasado nada. Tal y como tú me lo dijiste.

No había nadie a aquellas horas alrededor del estanque. Los cisnes, como siempre, se deslizaban muy altivos por el agua. Los patitos, en cambio, estaban roques, con la cabeza metida entre las plumas. He tenido mucha suerte.

En un santiamén, he sacado la pistola de la mochila y la he arrojado al agua, debajo de las ramas del sauce llorón, un sitio muy disimulado, desde el borde del agua no puede verse nada. Pasará mucho tiempo antes de que alguien descubra la pistola, y además, para cuando eso ocurra, estará toda estropeada.



Y por la tarde, cuando al salir del cole hemos ido al palomar del parque, Martín casi se vuelve loco por no encontrar su

pistola. Yo he hecho como que no sabía nada, he puesto una cara de extrañeza y un aire de inocente que no veas...

«¡Muy bien!», me decía a mí misma. «¡Has hecho muy bien, Iholdi!», me repetía para mis adentros. Martín busca que te busca, pero nada. Luego se ha cansado y, todo aburrido, me ha propuesto jugar al escondite. Y no sé por qué, pero a mí me ha parecido que, en el fondo, él también se alegraba un montón de que no apareciese la dichosa pistola. A mí, al menos, así me lo ha parecido.

Y para acabar de contártelo todo, cuando volvíamos hacia casa, le he hecho pararse un momento y le he dicho:

–Oye, Martín... Si alguna vez vuelves a decirme que soy una meona, le contaré a todo el mundo lo de la pistola.

Se ha callado y ha bajado la cabeza bastante enfadado. Y yo he sentido una gran alegría. Ahora ya sé que no volverá a amenazarme, que tendrá que andar con más cuidado con una chica como yo.

Abuela, gracias por tu consejo. Después de escribirte lo que me pasa, siempre se me ocurre alguna solución. Ya sé que no es solo mérito mío, que tú me ayudas a tomar las decisiones, pero de todas formas siempre me quedo así como orgullosa de mí misma. Tener una abuela como tú es un chollo para mí.

Abuela, tú sigue mientras tanto dirigiendo el tráfico de todos esos aviones y, de vez en cuando, contesta a mis cartas, como lo has hecho en esta ocasión.

Yo te prometo que a Jerónimo, nuestro jilguero, no le faltará nunca el alpiste, ni a los geranios el agua que necesitan y que yo seré buena, aunque algunas veces tenga que escribirte más cartas.

Ahora voy a besar tu foto y me voy a la cama.

Hasta siempre.

Tu Iholdi